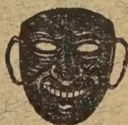
ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

LA NOVIA DE OTELO

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ÁNGEL PÉREZ MAGNÍN



8

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

LA NOVIA DE OTELO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO. son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi distinguido y querido am
go, D. Ramiro Martínez Opan
recuerdo muy afectuoso de
Angel Pérez

LA NOVIA DE OTELO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA
NOVIA DE OTELO

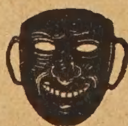
JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ÁNGEL PÉREZ MAGNÍN

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA
la noche del 27 de Marzo de 1895 en el beneficio del distinguido actor cómico
DON JUAN BALAGUER

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
T. BORRÁS
N.º de la procedencia
1736.



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNANDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1895

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia...............	Sra. Tovar.
Rafaela............	» Fernández.
Teresa.............	Srta. Cancio.
Don Severo........	Sr. Balaguer.
Federico...........	» García Ortega.
Un criado...	» Montenegro.

ACTO ÚNICO

Sala elegantemente amueblada. En sitios convenientes un *secrétaire* y un velador; en este último, un quinqué encendido.—Puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA

JULIA sola.

JULIA. (Leyendo.) «El conde, asiendo furiosamente á su esposa por la muñeca y sacudiéndola con violencia, le gritó: «Entrégame ese papel; en él está la prueba de tu falsía...» (Declamando.) Ea, no leo más; siempre la misma canción; un marido que sospecha y rabia de celos; una mujer *no comprendida* por su esposo, y un galán que bebe los vientos por ella. Es mucho cuento. ¡Como si no hubiese en el mundo más asuntos sobre qué escribir que éste de los matrimonios irregulares!... Después de todo, la verdad es que abunda mucho la primera materia. Hay por esos mundos cada irregularidad... conyugal (Levantándose y mirando al reloj.) Son las ocho y Federico sin parecer. ¿Le habrá dado el arrechucho de los celos? Como si lo viera. Y lo cierto es que sus infundadas sospechas, su recelar constante me preocupan y me... Conque si ahora me atormenta, ¿qué será cuando le otorgue mi blanca mano?

723402

Nada, ó le curo, ó rompo con él. Bastante me hizo sufrir el otro que esté en gloria. Una y no más.

ESCENA II

JULIA y FEDERICO.

EL CRIADO. (Anunciando.) Don Federico.

JULIA. ¡Cuánto me alegro de verle! No le esperaba esta noche.

FEDERIC. ¡Ah! ¿Esperaba usted á alguna otra persona? He sido inoportuno. Dígamelo usted y no la molestaré en lo más mínimo.

JULIA. ¿Molestarme? Nada de eso: usted no es inoportuno cuando viene á verme... Si acaso, lo es usted cuando habla de lo que se figura esa fantasía tan arrebatada que Dios le dió. Pero ya sabe usted que tengo mucha paciencia.

FEDERIC. Julia, es usted muy buena conmigo cuando estamos solos... pero apenas se presenta en escena alguno de sus adoradores, no es usted ni su sombra.

JULIA. Usted sí que no es entonces el mismo. Pone usted una cara, echa usted unos ojos á la gente...

FEDERIC. ¡Es que la quiero á usted con toda mi alma!

JULIA. Eso ya me lo ha dicho usted cien veces. (Burlándose.) ¡Ja, ja, ja! Pues bien, ámeme usted cuanto quiera, pero no me ofenda con sus recelos y con sus sospechas.

FEDERIC. No, ya no dudo. Me arrepiento... *Mea culpa, mea culpa*. ¿Me absolverá usted?

JULIA. *Ego te absolvo*. (Como que va á echarle la absolución. Federico se apodera de una mano y la besa. Julia la retira vivamente riendo.) Eso es aumentar el pecado.

FEDERIC. Cumpliré la penitencia que usted me imponga.

JULIA. Pues le impongo por penitencia que permanezca toda la tarde del próximo lunes—que es el día en que me quedo en casa—sin hacerme una sola escena de celos, hábleme quien me hable.

FEDERIC. Y yo la cumpliré si solamente la hablan sus amigas.

JULIA. ¡Vaya una salida! Ya sabe usted que la sociedad de las mujeres no me resulta muy agradable... Prefiero la de los hombres.

FEDERIC. (Tímidamente.) Hay, sin embargo, maridos á los que no suele gustarles que sus mujeres prefieran la sociedad de los hombres.

JULIA. Ya lo creo que los hay: los tontos.

FEDERIC. ¿Los tontos?

JULIA. Las mujeres apetecemos lo que se nos prohibe. Cuando un marido no permite á una mujer que reciba sociedad de hombres en su casa...

FEDERIC. (Siguiendo la frase.) Cosa muy natural... si el marido está enamorado de su mujercita y la quiere sólo para sí...

JULIA. (Siguiendo la frase también.) Que no reciba sociedad de hombres en su casa, va á buscarlos ella.

FEDERIC. (Levantándose asustado.) ¿Va á buscarlos?

JULIA. Sí; va á buscarlos á los teatros, á los paseos, á los salones, mientras que suele no hacer caso de los adoradores que la galantean en su casa... Sobre todo, cuando nadie se lo prohibe.

FEDERIC. Sí... tal vez... Por mi parte, jamás trataría de poner en ridículo á mi mujer... (Breve pausa y cambiando de conversación.) Llevaba usted anoche un vestido elegantísimo... aquellas mangas tan enormes... y aquel... aquella...

(Accionando como si no acertara.) Precioso... preciosísimo.

JULIA. Era un modelo, una creación de mi sastre.

FEDERIC. Pero la viste á usted un sastre? (Aparte.) ¡Dios mío! ¡La viste un sastre!

JULIA. ¡Ya lo creo! Roca: el famoso modisto Roca... Le habrá usted oído nombrar. Es un verdadero artista.

FEDERIC. Julia, perdone usted, la sola idea de que ese hombre puede probarle á usted los vestidos... ¿Porque el grandísimo... sastre... probará las prendas?

JULIA. Y si viera usted con qué buen gusto y con qué habilidad...No hay modista que coja un pliegue con más arte que él, ni que haga un cuerpo que siente mejor.

FEDERIC. ¿Y los descotados también?

JULIA. Esos son su especialidad. Esta tarde he estado probándome uno. Pero ¿qué le pasa á usted? ¿Va usted á tener celos de un modisto?...

FEDERIC. También los modistos son hombres.

JULIA. ¡Calle usted, por Dios!

FEDERIC. Donde menos se piensa...

JULIA. Es usted incorregible.

FEDERIC. Y usted muy cruel.

JULIA. Está visto, mi charla le disgusta.

FEDERIC. No; siga usted. Me complace mucho. ¿Y ha ido usted á alguna otra parte?

JULIA. Sí; pasé cerca de la zapatería, y aproveché la ocasión para encargarme unas botas. Por cierto que el zapatero me detuvo cerca de media hora, ¡qué pesado! Lo menos tres veces rectificó la medida...

FEDERIC. Y el zapatero tan... tan... eso... Claro, como usted le daba pie...

JULIA. Sin darle el pie ¿cómo había de tomarme medida?

FEDERIC. Francamente, me pone nervioso eso del za-

patero, del modisto, del peluquero, porque ¿también se servirá usted del peluquero?

JULIA. Algunas veces.

FEDERIC. Pero, señor, ¿no hay modistas, no hay peinadoras, no podía tomar medida de botas la mujer del zapatero, por ejemplo?...

JULIA. De modo que cuando usted se case...

FEDERIC. ¡Oh! Entonces declararé la guerra á todos los hombres que ejerzan profesiones femeniles.

JULIA. ¡Es claro! Y su mujer de usted tendrá que ir hecha una cursi con trajecitos caseros.

FEDERIC. Todo es preferible á las habilidades de los modistos y á las *rectificaciones* de los zapateros.

JULIA. Vamos, está usted dejado de la mano de Dios. Debería incomodarme con usted.

FEDERIC. ¿Y luego volvería usted á casa?

JULIA. No; precisamente al salir de la zapatería encontré á Tapia...

FEDERIC. ¿Lo ve usted? Si me lo figuraba; me lo daba el corazón. Tapia... sí, ese Tapia es la pared que se levanta entre usted y yo.

JULIA. Pero ¿qué quiere usted decir?

FEDERIC. Hace tiempo que lo sospechaba. Sabía que visitaba esta casa.

JULIA. Cierto.

FEDERIC. Que usted le escribía.

JULIA. Es verdad.

FEDERIC. Y que le escribe usted.

JULIA. Sí, le escribo.

FEDERIC. ¿Y no lo niega usted?

JULIA. ¿Y por qué he de negarlo?

FEDERIC. Ahora me lo explico todo: los secretos, las miradas, las frases sueltas...

JULIA. Pero si Tapia es mi agente...

FEDERIC. ¡Agente, agente! Conozco el procedimiento y conozco á Tapia... ¡Agente de negocios!.. ¡No son malos negocios los que trae él entre manos!

JULIA. ¡Federico!

FEDERIC. Así decía anoche tan satisfecho: «¡Hoy está en alza el papel!» ¡Y tan en alza!

JULIA. ¡Pero atienda usted á razones!

FEDERIC. ¡Y yo que trataba de ahogar mis celos! ¡Si me lo decía á voces el corazón! ¡Si tengo yo á ese Tapia aquí entre ceja y ceja!

JULIA. ¡Basta! ¡Me parece que va usted demasiado lejos, pidiéndome cuenta de mis actos!

FEDERIC. ¿Y esa contestación da usted á mis quejas, á mis justísimas quejas?

JULIA. Es la única que merecen.

FEDERIC. ¡Ni una disculpa, ni una explicación!

JULIA. ¿Y para qué, si ya ha descubierto usted mi falsía?

FEDERIC. Yo no he dicho...

JULIA. Es igual; lo digo yo. ¿Creyó usted que yo le distinguía? Pues se engañaba usted. ¿Le di esperanzas? ¡Pues eran fingidas!

FEDERIC. ¡Y decía que me amaba!

JULIA. ¡Qué quiere usted! (Con ironía.) ¡Ilusiones engañosas!

FEDERIC. Está bien. Una usted la burla á su desvío. No tema usted que vuelva á importunarla. Quizás alguna vez, cuando acaso sea tarde, llegará usted á comprender que nadie, nadie la ha querido como yo.... ¡Adiós! (Sin moverse.)

JULIA. (¡Pobrecillo! ¡Cuánto me ama! Pero si llego á ablandarme...)

FEDERIC. ¡Me voy! (¡Ni siquiera me mira!) ¡Me voy! (¿A que no me llama?) (Julia tose: Federico acercándose.) ¿Decía usted?

JULIA. No; fué la tos.

FEDERIC. Creí...

JULIA. No... Nada...

FEDERIC. (¡Ingrata!...) Adiós, Julia. (Más fuerte.) ¡Adiós!... (Gritando.) ¡Adiós!... (Vase.)

ESCENA III

JULIA y luego RAFAELA.

JULIA. (Llamando.) ¡Federico! (Conteniéndose.) No; él volverá. Estoy segura de ello. En estas contiendas quien suplica acaba por ser vencido.

RAFAELA. (Desde la puerta.) Vaya usted con Dios... Ni siquiera me ha visto. ¡Ja, ja, ja! Pero ¿qué le has hecho, criatura, que sale disparado como un cohete?

JULIA. La canción de siempre. ¡Los malditos celos!

RAFAELA. ¡Dichosa tú que has sabido inspirarlos!

JULIA. ¡Supones quizá que es una suerte tener al lado un celoso que no te deja vivir con sus sospechas, y que se pasa los días devanándose los sesos y friéndote la sangre por inquirir si fuiste, si viniste, si miraste á éste, si saludaste á aquél, si te ríes, si lloras, si estás triste, si estás alegre!... ¡Un amor así no es amor, sino insufrible tormento!

RAFAELA. ¿Eso piensas?

JULIA. ¡Te quisiera yo ver en mi lugar!

RAFAELA. Pues de todas veras te digo que te envidio. Sí, hija mía, sí; amor que no teme, que no sospecha, y que con paciencia ejemplar todo lo sufre, todo lo soporta... es un amor así, como el agua tibia, que ni da frío ni calor...

JULIA. Un buen medio quieren las cosas.

RAFAELA. Pues por mi parte te aseguro que haría los imposibles por que mi marido fuese celoso.

JULIA. Merecías salirte con la tuya.

RAFAELA. Pero ¡que si quieres! ¡Figúrate que dice

que soy inexpugnable como Gibraltar! He hecho lo que no es decible por sacarle de sus casillas. Todo en balde. Creo que, aunque viera lo que viese, se quedaría tan fresco, sin sospechar lo más mínimo de su mujercita. ¡Tan presumido está de su propio valer!

JULIA. ¡Presumido!

RAFAELA. Pues claro que sí. ¿Crees tú que su confianza es seguridad en mi virtud? No, hija, no; los maridos confiados son grandes vanidosos que creen ¡pobrecillos! que nadie tiene méritos bastantes para competir con ellos. Cuando, ya ves tú, si una quisiera... Pero charlando me había olvidado ya... ¡qué cabeza la mía! de que arriba, en mi casa, está esperando un sujeto á quien es preciso que recomiendes.

JULIA. ¿Yo?

RAFAELA. Sí; cuatro letras para tu primo Egea, el ministro. Se trata de un pobre hombre. ¿Te parece que le haga pasar?

JULIA. Como quieras; aunque la verdad es que no estoy yo esta noche para recomendaciones.

RAFAELA. Esto te distraerá. Ya verás. (Toca el timbre y entra Teresa.) Haga usted el favor de subir á mi casa y decir que el caballero que llegó hace un momento puede bajar cuando guste.

TERESA. Está bien. (Vase.)

RAFAELA. El pobre venía á que mi marido le recomendase, pero ya sabes lo que le sucede siempre al bueno de mi esposo. Partido á que se afilia, partido que cae; así es que siempre está en la oposición. Sus amigos le llaman el general de los guardias valonas: siempre llega tarde.

SEVERO. (Desde la puerta.) ¿Dan ustedes su permiso?

JULIA. Adelante.

ESCENA IV

DICHAS.—D. SEVERO.

RAFAELA. (Presentándole.) D. Severo Lagunilla, de quien acabo de hablarte.

JULIA. Muy señor mío.

SEVERO. Señoras...

JULIA. Me ha dicho Rafaela que desea usted cierta recomendación?

SEVERO. Sí señora. Esa es la causa determinante de haber molestado antes á mi señora doña Rafaela y de importunar á usted ahora.

JULIA. Basta que Rafaela le recomiende...

SEVERO. ¡Señoras, soy muy desgraciado! ¡Pendiente tengo sobre mi cabeza la espada de Damocles en forma de cesantía! ¿Ustedes saben lo que es una cesantía?.. Un cesante, señoras, es un ser que casi no es un ser, la sombra de una sombra.

JULIA. ¿Y usted teme...

SEVERO. No temo, estoy seguro de ello. Dentro quizá de pocas horas habré dejado de ser inspector, que para mí será la muerte y además no morir.

JULIA. ¿Cometió usted acaso alguna falta?

SEVERO. ¡Falta! ¡Oh, no; yo no falto jamás!

JULIA. Pues entonces...

SEVERO. La causa de mis desdichas es mi honradez. Soy íntegro, soy la exactitud misma, soy laborioso, inteligente, digno, y además muy modesto.

RAFAELA. Eso á la vista está.

JULIA. ¡Y tanto!

SEVERO. ¡Muchas gracias! Pues á pesar de tan excelentes cualidades, ó más bien á causa de ellas, me persiguen el infortunio y la desdi-

cha. ¡Ah! Si yo les contase á ustedes mi historia!

JULIA. No es menester que se moleste.

SEVERO. No es molestia, sino alivio de mis penas.

RAFAELA. Quizá le entretenemos demasiado.

SEVERO. Todavía puedo disponer de algunas horas.

JULIA. (¡Este hombre es un plomo!)

RAFAELA. (¡Algunas horas!)

SEVERO. Pues verán ustedes. Soy aragonés: nací en Fraga.

RAFAELA. ¿En donde está la famosa maza?

SEVERO. Precisamente. Allí pasé mis primeros años, hasta que ya mozo vine á Madrid á buscar fortuna. El primer cargo que desempeñé fué en consumos. ¡Las latas de petróleo que yo he decomisado!... En fin, como que me dieron el sobrenombre de D. Severo el de las latas...

JULIA. Es un sobrenombre muy honroso.

RAFAELA. Y muy significativo.

SEVERO. ¡Muchas gracias!... ¡Cuántas seducciones se pusieron en juego para corromperme! Pero todo en vano. Ni la misma corte celestial hubiera podido torcer mi honradez. ¿Qué premio tuvo mi honradez? ¡Vergüenza me da decirlo! Cierta mañana me llamó el alcalde y me dijo: «Señor Lagunilla, usted no sabe cumplir con su deber». Respondí en nombre de mi decoro ultrajado; gritó furioso el alcalde... ¡y me quedé por puertas!

JULIA. ¿Y quiere usted que le repongan?

SEVERO. ¡Si eso fué en los comienzos de mi carrera!

JULIA. ¡Ah! ¡Pero todavía está usted en los comienzos!

SEVERO. Sí, señora; mi historia es muy larga.

JULIA. ¿Oyes, Rafaela?

RAFAELA. Sí, hija, sí que oigo.

SEVERO. Después entré en la policía urbana. Excuso decir á ustedes que fuí un modelo, un

ejemplo vivo de honradez, de exactitud, de escrupulosidad.

JULIA. Sí, sí; ya sabemos lo que es usted.

SEVERO. ¡Muchas gracias! Velé sin descanso por el cumplimiento de las ordenanzas; hice cuanto pude por que fuere una verdad la limpieza pública... Nuestros concejales—hay que hacerles justicia—limpian con mucho esmero lo de dentro del Ayuntamiento, pero les importa poco que no se limpie lo de fuera. En fin, que me echaron á causa de mi excesivo celo. Aquello dejó un vacío terrible...

RAFAELA. ¿En el Ayuntamiento?

SEVERO. No, señora; en mi estómago. Después entré en la secreta.

JULIA. ¿Y qué es eso?

SEVERO. La policía secreta.

JULIA. ¡Ah, vamos!

SEVERO. He sido y sigo siendo el terror de los casinos, círculos y chirlatas. Pero temo que mis propósitos van á resultar estériles. Esta mañana me llamó mi jefe y me dirigió, sobre poco más ó menos, las siguientes palabras: «Señor Lagunilla, usted no sabe lo que se pesca; me está usted creando mil conflictos. El juego, sépalo usted, es un manantial de caridad pública. Usted, con su estúpida ceguedad, defrauda nuestro interés... en pro de los menesterosos.»

JULIA. Y teme usted...

SEVERO. Estoy seguro de que se labra mi ruina.

JULIA. ¿Y tiene usted familia, esposa, se ha casado usted?

SEVERO. (Con dignidad cómica.) ¡Señora, un buen funcionario no se casa con nadie!

JULIA. Bueno; pues ya hemos convenido Rafaela y yo en que escribiré á Egea, el ministro, cuatro letras.

SEVERO. ¡Oh, señora! ¿Cómo podré corresponder á merced tan señalada? Mi gratitud será eterna; soy leal, bien nacido; soy...

RAFAELA. Sí... un modelo.

SEVERO. ¡Muchas gracias!

RAFAELA. Ahora lo que hace falta es que modere usted su celo. ¿Qué le importa á usted que se juegue ó que no se juegue?

JULIA. Haga usted la vista gorda.

SEVERO. Eso no: ¡antes cien veces la cesantía! Soy esclavo de ustedes. Aquí, á dos pasos, en la delegación, estoy á las órdenes de ustedes: cualquier cosa que necesiten de mí, siempre, por supuesto, siempre dentro de la esfera de la ley, ya lo saben. Severo Lagunilla, fiel siempre, agradecido siempre. (Vase.)

ESCENA V

JULIA, RAFAELA y á poco TERESA.

RAFAELA. ¡Gracias á Dios!

JULIA. ¡Pobre hombre!

RAFAELA. Ya te lo dije; pero es tan pesado.

TERESA. Señorita...

JULIA. ¿Qué sucede?

TERESA. El señorito Federico.

JULIA. ¡Ya presumía yo que no se haría esperar! (Á Teresa.) Díle que entre; y nosotras (á Rafaela) entremos en el gabinete y hablaremos del castigo que quiero imponerle. Tengo un plan (Vanse.)

ESCENA VI

TERESA y FEDERICO.

TERESA. Pase usted.

FEDERICO. Cuéntame, Teresa: ¿qué dijo cuando le anunciaste mi venida? ¿Está muy enfadada?

TERESA. Como decir, nada dijo, pero puso una cara así, muy seria.

FEDERICO. ¡Muy seria!

TERESA. Después se entró con la señorita Rafaela en el gabinete.

FEDERICO. ¡Ay, Teresa, no me quiere!

TERESA. Culpa de usted sería si así fuese.

FEDERICO. ¡Culpa mía!

TERESA. Claro. Según dice la señorita, es usted lo más celoso...

FEDERIC. Si es que la quiero más que á mi vida, y temo...

TERESA. Pues la señorita tengo para mí que también le quiere á usted.

FEDERIC. ¿De modo que tú crees?... ¡Oh, habla, habla!

TERESA. Sin ir más lejos, hoy mismo, mientras que yo la peinaba, leyó una carta de usted y dijo: «¡Cuánto me ama!»

FEDERIC. ¿Eso dijo? ¡Toma! (Le da un abrazo.)

TERESA. ¿Qué hace usted?

FEDERIC. No te asustes; es un abrazo de agradecimiento.

TERESA. Bueno; si es de agradecimiento... Y después que la leyó...

FEDERIC. Después, ¿qué?

TERESA. Pues dijo así, dando un suspiro: «¡Cuánto le quiero!...»

FEDERIC. ¡Que me quiere! ¡Que cuánto me quiere! (La abraza.)

TERESA. ¡Pero señorito!
FEDERIC. ¡Agradecimiento, nada más que agradecimiento!
TERESA. Luego...
FEDERIC. ¿Qué dijo luego? ¡Habla, por Dios!
TERESA. Decir, no dijo nada; pero...
FEDERIC. Pero ¿qué?...
TERESA. Si usted me diese palabra de no contar...
FEDERIC. Tenla por dada... Dí.
TERESA. Después se llevó la carta á los labios y la besó.
FEDERIC. ¿Que la besó? ¿Dices que la besó?.. ¡Ven que te estreche entre mis brazos!
TERESA. ¡Eh, señorito! ¡Pues no es usted poco agradecido!
FEDERIC. ¡La alegría, la felicidad, la... Toma. (Le da dinero.)
TERESA. (¡Pues no gano tanto en un mes!) ¡Chist, la señorita!

ESCENA VII

DICHOS.—JULIA.

JULIA. ¡Teresa! (La habla bajo. Teresa entra por donde salió Julia.) (A Federico.) ¿Usted aquí?
FEDERIC. ¡Por Dios, Julia, no me mire usted enojada! Perdóneme si la ofendí, si dudé. ¡La quiero á usted tanto!...
JULIA. ¡Vaya!
FEDERIC. ¡Oh! Sí, más que á mi vida, más...
JULIA. ¡Tiene usted una manera muy rara de amar!
FEDERIC. ¡No dude usted de mi cariño!
JULIA. ¡Mejor fuera ser aborrecida de usted!
FEDERIC. ¡Julia!
JULIA. La verdad. El amor es confiado; ya ve usted, le pintan ciego... Como lo siento se lo digo á usted, Federico: mucho mejor fue-

ra para mí su aborrecimiento que su amor.

FEDERIC. No me juzgue usted tan mal, Julia. ¿Cómo no he de mirar con recelo hasta la menor probabilidad de quien, más afortunado que yo, me arrebata tanta dicha?

JULIA. Debería aplicarle la pena que merece.

FEDERIC. ¿Me perdona usted?

JULIA. Con una condición.

FEDERIC. La acepto á cierra ojos. Mande usted, disponga, ordene. Si mi corazón se goza en obedecerla.

JULIA. Pues bien, si vuelve usted á dudar de mí, si insiste en sus celos, si de nuevo sospecha, queda roto entre nosotros todo lazo.

FEDERIC. Aceptado.

JULIA (Con solemnidad cómica.) ¿Lo otorga usted?

FEDERIC. Lo otorgo.

JULIA. ¿Lo promete?

FEDERIC. Lo prometo.

JULIA. Pues está pactado. (Tendiéndole la mano.)

FEDERIC. (Estrechándosela.) Está pactado.

JULIA. Ahora, espérenos usted y nos acompañará al teatro.

FEDERIC. Verá usted si sé cumplir lo prometido.

JULIA. Allá veremos.

ESCENA VIII

FEDERICO solo.

FEDERIC. ¿Y he dudado? ¡Y he podido sospechar! ¡Ceguedad como la mía! Me ama, sí, me ama. He de merecer su perdón, he de desagraviarla por todos los medios. Dice bien... ¡Pensar que ella podía hacerme traición!... Vamos, merecería... ¡He sido un estúpido!... ¡Creer que Tapia!... ¡Bah! ¡Un agente que se tiñe el pelo! ¡Oh no! ¡Yo solo... yo!

ESCENA IX

FEDERICO y RAFAELA.

RAFAELA. (Coloca con mucho disimulo una carta en el secreter.) ¡Oh, Federico!

FEDERIC. ¡Señora!

RAFAELA. Nos acompaña usted al teatro, ¿no es cierto?

FEDERIC. Tengo esa fortuna

RAFAELA. Lo celebro. Antes de cinco minutos estoy lista. Ahora mismo sale Julia. En tanto, ¿si usted fuese tan amable que quisiera escribir una nota con mi nombre y las señas de mi casa?

FEDERIC. Con mucho gusto.

RAFAELA. Aquí, en el secreter, hay papel y pluma. (Aparte.) Si no eres ciego, tú veras la carta. (Alto.) Conque, Federico, hasta ahora mismo.

ESCENA X

FEDERICO solo.

FEDERIC. ¡Cómo cambian los pensamientos! Hace media hora todo lo veía negro. Ahora siento una alegría... ¡Oh! sí; es preciso creer, tener fe. Seré un ejemplo vivo de confianza. (Dirigiéndose á la mesa.) Escribiré la nota que me ha encargado Rafaela. Lo dicho; jamás volveré á dudar, aunque viera, aunque tocara, aunque tuviera entre las manos una prueba... ¿Eh? ¿Qué es esto? (Viendo la carta.) ¡Letra de Julia! ¡Á Luis de Tapia! ¡El agente!... ¡Oh! Si no me engañaba el corazón... Si lo prensentía. Claro, dirá que es una carta de negocios. Una carta perfumada, un bi-

llete amoroso. Si se conoce en el olor. Aquí de seguro está la prueba de su traición. Si yo pudiera... (Mirándola al trasluz.)

ESCENA XI

FEDERICO y JULIA.

JULIA. (Que habrá aparecido en la puerta al decir Federico las últimas palabras.) Tragó el anzuelo.

FEDERIC. ¡Oh, ella! (Ocultando la carta precipitadamente en el bolsillo del pecho y abotonándose apresuradamente la levita.)

JULIA. ¡Cuánto le he hecho esperar!...

FEDERIC. Sí; digo no... es que... (Aparte.) ¿Me habrá visto?

JULIA. Pero ¿qué le pasa á usted? ¿Tiene usted frío?

FEDERIC. ¿Frío? Sí... un poco.

JULIA. ¿Está usted indispuesto? ¡Qué pálido está usted!

FEDERIC. ¿Pálido? Pues no... Es decir, me dió así una angustia... Aquí del lado del corazón. Pero no es nada, ya pasó.

JULIA. Más vale así. De todas maneras, si se siente usted mal...

FEDERIC. No; ya no. Muchas gracias por su interés. (Va á desabrocharse la levita.) Si pudiera desprenderme de este papel...

JULIA. ¿Qué va usted á hacer? No se desabrigue usted, no se lo consiento. Hace aquí demasiado fresco.

FEDERIC. No, por el contrario, siento un calor...

JULIA. Es natural; la reacción. Ahora menos que nunca debe usted desabrigarse. (Toca un timbre y entra un criado.) Vea usted si están bien cerrados los balcones.

FEDERIC. Si no es menester.

JULIA. No me perdonaría nunca que por mi inadvertencia...

CRIADO. Ya están.

JULIA. Bueno. Ahora lleve usted la carta adonde dicen las señas.

CRIADO. ¿Qué carta?

JULIA. ¿No le ha dado á usted Teresa?...

CRIADO. No, señora.

JULIA. Estará encima del secreter; búsquela usted. (A Federico.) ¿Está usted sudando?

FEDERIC. Sí, señora. (Aparte.) Tinta.

CRIADO. Aquí no está.

JULIA. ¡Qué torpeza! Verá usted si yo... (Al levantarse Julia, Federico trata de desabrocharse disimuladamente la levita. Julia se vuelve.)
¡Eh, cuidadito! Tiene usted que conservar el calor. (Buscando.) Pero ¿dónde estará esta dichosa carta? Usted me perdonará; se trata de una carta de mucho interés que he escrito... á una amiga...

FEDERIC. (Aparte.) A una amiga... ¡Pérfida!

JULIA. (Haciendo que busca, pero sin apartar la vista de Federico.) Si parece brujería.

FEDERIC. Quizá la dejó usted en su gabinete; vaya usted...

JULIA. (Aparte.) Te veo. (Alto.) Tengo la seguridad de que allí no está.

FEDERIC. Sin embargo, nada más fácil.

JULIA. No, si no ha podido salir de aquí.

FEDERIC. (Aparte.) Ya lo creo que no.

ESCENA XII

DICHOS.—TERESA.

JULIA. ¿Has visto una carta que he dejado sobre el secreter?

TERESA. No, señora.

JULIA. Pues ha de parecer. Tiemblo al pensar que alguien... ¡Oh, no! Quiero confiar. Búscala; revuelve todo hasta que parezca. (Vase Teresa.)

FEDERIC. Pero ¿por qué se altera usted de ese modo? ¿Qué carta es ésa?

JULIA. Se trata de un secreto terrible.

FEDERIC. ¿De un secreto? ¿De quién?

JULIA. De una amiga... desgraciada. ¡Ah! Si se hiciese público... usted mismo la despreciaría.

FEDERIC. (Aparte.) No me engañaban mis celos. Pero lo sabré todo. Tengo aquí la prueba.

JULIA. ¡Dios mío... qué disgusto!

ESCENA XIII

DICHOS.—RAFAELA.

RAFAELA. ¡Ea, vamos! Pero ¿qué pasa? ¿Qué te sucede?

JULIA. ¡Ay Rafaela de mi vida, se ha perdido!

RAFAELA. No te comprendo.

JULIA. La carta... Ya sabes... ¡Me la han robado!

RAFAELA. ¿Qué dices? ¡La carta! ¡Dios eterno!

JULIA. ¿Qué hacer?

FEDERIC. Pero ¿qué misterio encierra esa carta?

RAFAELA. ¡Horrible!

JULIA. ¡Espantoso!

RAFAELA. ¡Oh, si usted lo supiese!...

JULIA. ¡Si usted pudiera adivinarlo!

RAFAELA. ¡La fama de una mujer!

JULIA. ¡La felicidad futura de un hogar!

RAFAELA. ¡La desesperación de un hombre!

JULIA. ¡Un drama de amor y celos!

RAFAELA. ¡Qué contratiempo!

JULIA. ¡Qué desgracia!

FEDERIC. Iré yo á ver si...

RAFAELA. ¡Usted, no!

JULIA. ¡Usted menos que nadie!

FEDERIC. ¡Ese empeño! (Aparte.) ¡Qué mal finge! ¡Oh, saldré de dudas!

JULIA. Don Severo podrá tal vez...

RAFAELA. Tienes razón. Enviaré por él. (Va á dar el aviso.)

FEDERIC. (Aparte.) ¿Qué don Severo será éste?

JULIA. (Aparte.) Las penas del purgatorio está pasando el pobrecillo.

RAFAELA. (Volviendo á entrar.) Antes de dos minutos estará aquí.

JULIA. ¿Y crees tú que don Severo...

RAFAELA. Si él no recobra la carta, entonces hay que perder toda esperanza de que parezca.

JULIA. Quiero confiar; quiero hacerme la ilusión de que todo ello no será más que un susto.

RAFAELA. Pero ¡qué inadvertencia! Dejar así en cualquier parte un papel tan comprometedor... (A Federico.) ¿No le parece á usted que ha sido un descuido muy grande?

FEDERIC. Sí, muy grande. Pero ¡quién sabe!... ¡Hay descuidos providenciales!...

JULIA. ¿Qué quiere usted decir?

FEDERIC. ¿Yo? Nada.

RAFAELA. Ya está aquí.

ESCENA XIV

DICHOS.—D. SEVERO.

FEDERIC. (Aparte.) ¿Quién será este hombre?

SEVERO. Todo lo sé y he tomado precauciones. Nada tema usted, señora: el documento que usted busca, parecerá. Fíe usted en mi autoridad, en mi experiencia, en mi discreción, en mi...

JULIA. En usted confío.

SEVERO. Y puede usted fiar. Por de pronto, he dejado dos hombres guardando la puerta de esta casa.

RAFAELA. ¿Qué intenciones son las de usted?

SEVERO. Muy sencillas. Impedir que el reo pueda escapar.

FEDERIC. (Aparte.) ¡Cáscaras!

SEVERO. La consigna es categórica... ¡Si se resiste, fuego!

FEDERIC. (Aparte á Rafaela.) Pero este fantasmón, ¿quién es?

RAFAELA. (Idem á Federico.) ¿No lo está usted viendo? Un polizonte.

FEDERIC. (Á Rafaela.) Me parece que van tomando las cosas mal sesgo.

RAFAEL. ¡Malísimo!

JULIA. (Aparte.) ¿Si habré ido demasiado lejos?

SEVERO. Necesito practicar ciertas diligencias. Por de pronto, interrogaré á la criada. . Esa joven me infunde sospechas.

JULIA. ¡Si es una infeliz!

SEVERO. No se fíe usted de infelices. Donde menos se piensa salta un delincuente.

JULIA. Luego supone usted...

SEVERO. No supongo nada. Busco.

FEDERIC. ¡Pero hay que buscar racionalmente!

SEVERO. (Mirándole de arriba abajo.) ¿Y usted quién es, señor mío, para darme lecciones?

FEDERIC. Quien no tolera que...

JULIA. ¡Federico, por Dios! El señor Lagunilla es un funcionario digno de toda clase de respetos.

SEVERO. ¿Comparece esa chica?

JULIA. (Llamando desde la puerta.) ¡Teresa! (Aparte.) Ya se arreglará todo.

ESCENA XV

DICHOS.—TERESA.

TERESA. ¿Qué manda usted, señorita?
SEVERO. ¿Cómo se llama usted?
TERESA. (Mirando á su señorita como si no comprendiese.) ¿Yo?
SEVERO. ¿No oye usted que la interrogo?
JULIA. Contesta á este señor, que tiene que dirigirte algunas preguntas.
SEVERO. Es menester que preste usted declaración.
TERESA. ¿Yo declaración? ¡Jesús mío de mi vida!
SEVERO. ¿Cómo se llama usted?
TERESA. (Asustada.) ¿Yo? Teresa.
SEVERO. Teresa, ¿qué más?
TERESA. López.
SEVERO. ¿Naturaleza?
TERESA. Sana, señor; ¡muy sana, gracias á Dios!
SEVERO. No pregunto eso. Quiero decir dónde ha nacido usted.
TERESA. No me acuerdo.
SEVERO. ¿Ha visto usted cierta carta que echa de menos su señorita?
TERESA. No, señor.
SEVERO. ¿La ha sustraído usted?
TERESA. ¡Jesús María y José!
SEVERO. No se alborote usted.
TERESA. ¡Yo sustraer una carta! Pero, señorita, ¿oye usted lo que dice este hombre?
SEVERO. Yo no soy hombre, ¿está usted?
FEDERIC. (Aparte.) Es verdad: es un rinoceronte.
SEVERO. Yo represento la ley, el orden. Soy la encarnación del código, soy el juez, soy el fiscal, soy la Audiencia, soy el presidente del Tribunal Supremo, todo, en una pieza. Mi gabán es la toga de la magistratura es-

pañola, esta triste corbata es el collar de la justicia. (Variando de tono.) Hay que proceder al registro de esta joven.

TERESA. ¿Registrarme á mí?

JULIA. Ya basta. Yo le diré á usted...

SEVERO. Se impone. La inspección ocular.

TERESA. Pero ¿qué quieren hacer conmigo? Soy pobre, pero honrada.

SEVERO. Luego lo veremos. Ahora entre usted en esa habitación y espere mis órdenes.

TERESA. ¡Madre mía de mi alma! (Vase llorando.)

ESCENA XVI

DICHOS menos TERESA.

FEDERIC. (Dirigiéndose con forzada amabilidad á D. Severo.) Si me dedicase usted algunos momentos...

SEVERO. Hable usted.

FEDERIC. (Apartándole y hablándole confidencialmente.) Pues verá usted.

JULIA. (Mientras que Federico y D. Severo conferencian, Julia dice á Rafaela.) ¿Has visto qué compromiso? ¿Qué hacer ahora?

RAFAELA. ¿Y qué se yo? Lo mejor será hablar claro.

JULIA. Estoy que se me puede ahogar con un cabello.

SEVERO. A mí no hay quien me soborne.

FEDERIC. Pero escuche usted.

SEVERO. Nada tengo que escuchar.

FEDERIC. ¡Pero hombre de Dios!

SEVERO. ¡Ha tratado de comprarme á mí... á mí!...

FEDERIC. Atienda usted.

SEVERO. ¡A mí, que soy incorruptible, íntegro, honrado!

FEDERIC. Venga usted á razones.

SEVERO. Usted sí que va á venir adonde yo le lleve.

FEDERIC. ¡Hombre!...

JULIA. ¡Don Severo!

RAFAELA. ¡Don Severo!

SEVERO. ¡Proponerme á mí un cohecho; á mí, que soy!...

FEDERIC. Lo que es usted es un tonto de capirote.

JULIA. ¡Federico!

FEDERIC. ¡Basta de contemplaciones ridículas!

SEVERO. ¡Me desacata! ¡Me insulta!

FEDERIC. ¡Cállese usted, majadero!

JULIA. ¡Por Dios, señores!

FEDERIC. Escúcheme usted un instante. La carta la tengo yo.

JULIA. ¿Usted? ¿Quién iba á suponer?...

SEVERO. ¿Lo ven ustedes? No me engañaba mi instinto.

FEDERIC. Cállese el polizonte.

SEVERO. Ya te lo dirán de misas. Voy á llamar á mis hombres.

JULIA. Espere usted, don Severo. Puede usted creer (A Federico.) que si hubiera sospechado...

FEDERIC. Vi la carta. Leí el sobre, sentí celos. Ahí tiene usted la explicación de mi conducta. Tome usted la carta.

SEVERO. (Pretendiendo cogerla.) ¡En nombre de la ley!

FEDERIC. Usted se calla.

JULIA. Léala usted; su contenido le interesa.

FEDERIC. No sé si debo...

JULIA. Yo se lo suplico.

RAFAELA. Vamos, hombre, léala usted.

FEDERIC. (Rompe el sobre y lee.) «Federico es un celoso incorregible. Ha perdido usted la apuesta.» (Declamando.) Es verdad. No tengo perdón. Cumpliré mi sentencia, pero no renuncio á mi amor.

SEVERO. ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación!

RAFAELA. (Aparte á Julia.) ¿No te ablanda su humildad?

FEDERIC. Adiós, Julia. Parto de aquí con el alma angustiada.

JULIA. ¿Y así se marcha usted?

FEDERIC. ¡Oh, Julia! ¿Seré tan feliz que me otorgue usted su perdón?

JULIA. No lo merecía usted.

FEDERIC. Exceso fué, sin duda, de mi cariño.

RAFAELA. ¡Feliz quien inspira celos!

FEDERIC. Sin ellos no hay amor.

SEVERO. ¡Y así se desprecia mi decoro!... ¡Así se escarnece mi autoridad!

RAFAELA. Y yo le prometo que no habrá cesantía.

SEVERO. ¿Qué dice usted? ¿Transigir... doblarme complaciente ante lo que juzgo punible? ¡Oh, nunca!... Soy agradecido... y no daré parte, faltaré por primera vez á mis deberes; pero presentaré mi dimisión con carácter de irrevocable.

RAFAELA. ¡Pero, hombre, por el amor de Dios!

FEDERIC. Es un loco rematado;
yo le recomendaré,
puesto que por él logré
ser de Julia perdonado.

JULIA. (Al público.) He de pedirte un favor,
ya que es hora de pedir...
Que te dignes aplaudir
á nosotros y al autor.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, calle de Carretas, 9; de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; de D. Antonio de San Martín, Puerta del Sol, 6; de D. M. Murillo, calle de Alcalá, 7; de D. Manuel Rosado, calle de Esparteros, 11; de Gutenberg, calle del Príncipe, 14; de los señores Simón y Compañía, calle de las Infantas, 18, y del Sr. Escribano, plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.